

Premonición nocturna

Por Gustavo E. Ramírez Carrasco

Familia de medianoche (2019).
Dirección: Luke Lorentzen



En la noche de la Ciudad de México, las sirenas de ambulancias y patrullas se mecen sobre el aire cargado de smog y a veces de humedad; acarician el sueño de los oficinistas y de los niños, y acompañan el camino desvelado de los últimos repartidores de *Rappi*. La ciudad, dice una frase que se repite en todas partes, “nunca duerme”, y en su insomnio, hermoso y terrible a la vez, hierven miles

de historias que surgen y desaparecen, que se evaporan con la luz del sol y los gritos mañaneros de los vendedores del gas. En la noche profunda y agitada de la ciudad, monstruo rumiante que devora y escupe, algunos noctámbulos perdidos registran y tejen relatos. ¿Y si un gringo insomne se topa con uno de los más alucinantes y decide entonces desmenuzarlo? ¿Y si construye algo maravilloso y temible, como un cuento de horror que aterra y fascina? El relato se llama *Familia de media noche*, los protagonistas son un pequeño clan de paramédicos sin instrucción formal que todos los días se sumergen en la noche chilanga a bordo de una ambulancia pirata para buscar la tragedia; el cuento de horror es en realidad un osado documental, único y resplandeciente, una de las piezas más refrescantes en la producción mexicana reciente de no ficción. ¡Ah!, y el gringo es Luke Lorentzen, joven director estadounidense que ha realizado en México su película más lograda.

Cuenta Lorentzen que un día de 2015, mientras vivía al lado de Centro Médico, en la colonia Roma, encontró por primera vez a los Ochoa estacionados cerca de su casa, y que ahí empezó todo. Lo invitaron a recorrer la noche junto a ellos y durante varios años, los seguiría en muchas de sus travesías a bordo de ese claustrofóbico y precario *quirófano* sobre ruedas, transbordador adrenalínico hacia los hospitales donde se atienden a los heridos de emergencia, y a veces, última parada –oxímoron: parada en movimiento– de aquellos que no tienen tanta suerte como para llegar a ser plenamente atendidos.

La noche chilanga y sus tragedias cotidianas son la faena de cada vez, el río incontrolable por el que un hombre maduro –¿el padre?–, un joven, un adolescente y a veces un niño –¿los hijos?– salen a pescar en busca del botín más incierto, de la más satisfactoria de los dolores ajenos, porque es gracias a la desgracia de otros, que ellos pueden ganarse unos pesos que les permitan pagar el gas en el pequeño departamento donde viven, quizá poder conseguir un colchón y dejar de dormir en el suelo; por lo pronto, comprar unos atunes con mayonesa en el oasis luminoso de un Oxxo para extinguir el hambre en la proximidad de la madrugada.

- Premonición nocturna

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. Imagen del artículo *Familia de media noche: Un documental sobre los mundos subterráneos del sistema de salud, Gatopardo.*

Además de un documental capaz de penetrar en la intimidad de una familia chilanga que como muchas otras lucha –con ética a veces dudosa– por el sustento en circunstancias que rayan en la ilegalidad (lo que en el filme de Lorentzen termina conformando también un poderoso comentario político sobre la corrupción, la precariedad y la desigualdad), *Familia de medianoche* es una película de acción que precipita muchos de sus planos hacia el vértigo: en las carreras delirantes contra otras ambulancias por llegar primero a los siniestros, o en los rostros tensos y las palabras inyectadas de estrés y violencia de los paramédicos mientras practican maniobras contra la muerte.

Apuntala el día y es el fin de una jornada: Josué Ochoa recibe algunos billetes de la cajera de uno de los hospitales privados con los que tienen “convenio” y a donde han llevado a un herido. La familia podrá pagar ahora la “mordida” que imponen los policías corruptos para dejarlos trabajar; quizá, comprar la comida y saldar las cuentas con lo que sobre. Luke Lorentzen tiene bajo el brazo una película vertiginosa, fulgurante en su originalidad, y so-

bre todo, acaso premonitoria de lo que meses más tarde de su estreno –uno de los últimos antes del cierre abrupto de salas– llegará sin que nadie pueda preverlo y hará colapsar los sistemas de salud de una ciudad ya desbordada por las deficiencias sanitarias. Más tarde, en el nuevo anochecer, los oficinistas cansados y los niños se irán a la cama, los últimos repartidores de Rappi surcarán la noche, y los Ochoa se subirán de nuevo a su quirófano flotante para encontrar la tragedia en alguna coordenada de la oscuridad.